

# MAZORRA.

## LEYENDA ORIGINAL,

## POR EL TROVADOR DE LA SELVA,

(JUAN LEON MERA,

Miembro correspondiente de la Academia Española.)

FACILIUS EST CAMELUM PER FORAMEN ACUS TRANSIRE, QUAM DIVITEM INTRARE IN REGNUM COELORUM.
S. MATH. XIX—24.

UBI ENIM THESAURUS VESTER EST, IBI ET COR VESTRUM ERIT.
S. LUC. XII—34

QUITO.

IMPRENTA NACIONAL.

1875.



# ADVERTENCIA.

La necesita indudablemente esta leyenda.

El autor vió por casualidad en *Los Andes*, periódico de Guayaquil, una invitacion de *La Estrella de Chile*, para el certámen literario que acaba de verificarse en Santiago. Al dia siguiente recibió un ejemplar de la misma invitacion suscrita por *La Redaccion* de esta revista; pero tanto *Los Andes*, como la esquela, le llegaron atrasadísimos.

El certámen debió cerrarse *definitivamente* el 1º de setiembre, y hecha por el autor la cuenta del plazo que le quedaba, atendiendo al dia en que debia partir de Guayaquil el vapor para estar en Chile en la fecha citada, apénas podia contar con dos semanas, las cuales debian ser absorbidas por las atenciones, á la sazon recargadas, de un laborioso empleo público.

Resolvió, pues, no escribir cosa alguna, pues nunca se ha preciado de improvisador.

Sinembargo, no habia contado con otra voluntad poderosa. Una persona, para él carísima, lo puso en el empeño de forjar la leyenda para el certámen, y hubo de rendirse á tal exigencia.

Robó entónces algunas horas al descanso de cada noche y escribió el MAZORRA á pluma corrida y sin volver la vista á lo que dejaba trazado. De igual manera se hizo la copia que fué remitida á Santiago, la cual se concluyó pocos momentos ántes de que partiese el correo.

Conservaba inédito el autor un corto romance que con el mismo título habia escrito años atras, y creyó hallar en él una de las condiciones exigidas en la invitacion que publicó *Los Andes*, á saber, que la leyenda habia de estar *sujeta á la moral católica;* pero, fuera de la idea principal, ese trabajo, ántes que ser provechoso, le sirvió á veces de estorbo, y hubo de hacerlo todo nuevo.

Corrido más de un mes despues de la remision de la leyenda, supo, no sin alguna estrañeza, que el plazo para el concurso, que debió cerrarse definitivamente el 1º de setiembre, se habia prolongado por sesenta dias más, lo cual mejoraba la condicion de los que podian aprovecharlo, que no la de quienes habian escrito apremiados por la estrechez del tiempo, y cuyas obras estaban ya en camino.

El resultado del certámen se sabe ya: MAZORRA ha merecido mencion honorífica.

No se crea que las líneas anteriores vayan encaminadas á desarmar la crítica, en gracia de la festinacion con que ha sido forjada la leyenda; al contrario, el autor se confiesa culpado de temeridad por haberse presentado al concurso con una obrilla trabajada en pocas horas. Y sin tratar de disminuir su falta ante los ilustrados y competentes jueces que han dado el fallo ni ante el público que tambien va á ser juez y fallar, da á luz su trabajo dejándole á posta sin lima ninguna y tal como ha sido visto en Chile.

# MAZORRA.

*Facili[illegible] est camelum per foramen acus [illegible]re, quam divitem intrare in[illegible]n coelorum.*
*S. Math. XIX—24.*

*Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.*
*S. Luc. XII—34.*

---

## A MI ESPOSA.

Tú lo mandas, mi bien, y obedecerte
Debo yo de justicia:
¿No es tu querer mi ley? ¿no es complacerte
Mi honor y mi delicia?

Forje el númen al punto la leyenda
Que deseas ¡oh amada!
Y sea tan feliz que te suspenda
La historieta cantada.

Es una tradicion que no se borra
De mi pueblo; es aquella
Fama vulgar del español *Mazorra*
Y de su esposa bella.

¡Leccion terrible asaz!....Pero no se usa
Comenzar de este modo:
Óyelo de los labios de mi musa
Claro y en órden todo.

Siéntate junto á mí, y escucha. Hermosa
La noche está; la dulce luna riela
Sobre la onda que corre presurosa,
Y en la orilla favonio apenas vuela.

Blandos son de la selva los rumores
Cual suspiros de ninfa allí escondida;
Percíbese el aroma de las flores....
¡Todo al solaz del corazon convida!

Todo invita á la musa, de estas horas
Y de esta grata soledad amiga,
Donde voces del cielo arrobadoras
A los amables céfiros prodiga;

Donde evoca recuerdos de tristura
Suaves como los rayos de un lucero,
Y lágrimas derrama de ternura
De su lira al acento plañidero;

O da preceptos de virtud austera,
O aclama espiritual filosofía,
Y la acritud de la verdad modera
Del olímpico rey con la ambrosía.

# I.

## INTRODUCCION A UN DRAMA.

---

### PERSONAS.

D. Baltazar Carriedo, alias MAZORRA.
Fray Antonio, franciscano.
María, esposa de Mazorra.

### La escena pasa en Quito por 1780.

---

MAZORRA. ¡Qué dislate, fray Antonio!
¡Llamar santa la pobreza!
FRAY ANT. Pues ¡qué! ¿santa es la riqueza
Que da presas al demonio?
MAZ. Se conoce que un fraile habla,
Y además de fraile, loco.
F. ANT. Hijo mio, poco á poco,
Que aun la cuestion no se entabla.
MAZ. ¿La cuestion?

F. ANT. Aun no me explico.
Quiero decir, Baltazar....
MAZ. ¿Qué un rico no ha de alcanzar
Irse al cielo? ¡Pobre rico!
F. ANT. Y mira que eso lo dijo
El mismo Dios. Pero atiende:
Esa verdad no se entiende,
Cual tú, tan *ad verbum*, hijo.
MAZ. Vamos, padre, en castellano,
Que yo no entiendo latines.
F. ANT. Digo que los buenos fines
Quiere Dios en el cristiano.
Si el rico los tiene y cuida
De atajar con diques de oro
Los rios de amargo lloro
De la orfandad desvalida;
Si á la viuda consuela,
Si á la desnudez da abrigo,
Si de comer da al mendigo
Y á la ignorancia da escuela;
Si del paciente en el lecho
Derramar alivio sabe;
Si el noble tesoro cabe
De la templanza en su pecho;
Si á la injuria da perdon
Y al enemigo bien hace;
Si en elevar se complace
Al cielo su corazon:
Entónces ¡al rico albricias!
Pues halló fácil camino
De irse al alcázar divino
De las perpetuas delicias.
Pero ¡ay, hijo mio! el peso
De las riquezas es tal,
Y á la vida mundanal
Inclina con tal exceso,
Que por cada alma beata
Que sale bien de la prueba,
Hay diez que el diablo se lleva
Envueltas en su oro y plata.
El oro á veces pervierte
So capa de generoso:
Con puñal de oro precioso
Se da á las virtudes muerte.

Oro cierra el corazon
A la bendita piedad,
Da al despique habilidad
Y aleja el dulce perdon.
Verdugo de la pureza,
Al casto amor estrangula,
Protege la infame gula,
Patrocina la torpeza.
Entrañas de oro resisten
De la miseria al gemido,
No dan pan al desvalido
Ni nunca al desnudo visten.
Corto suele ser el trecho
Del ser rico al ser avaro,
Y la avaricia, está claro,
Solo del diablo es provecho.

MAZ. ¡Cáspita! que sermonazo
Me ha espetado fray Antonio
Mas lo dicho es testimonio
Falsísimo que rechazo.
Y si he de juzgar por mí,
Como debo de juzgar,
Juro á fe de Baltasar
Que soy bueno como fuí.

F. ANT. ¡Va, va! si aun no eres muy rico.

MAZ. Ya lo soy con la intencion,
Y tengo tal corazon....

F. ANT. Muy bueno lo tienes, chico.

MAZ. ¿Y mejor no ha de ser cuando
Tenga un millon de doblones?

F. ANT. ¡Quiá! tan buenas intenciones
Ya te irán abandonando.
Pobre viniste de España,
Pero de bondad provisto;
Como eres jóven y listo
Y en trabajar tienes maña,
Tus anhelos llenarás,
Te verás acaudalado,
Y quizás el marquesado
Que imaginas lograrás.
Mas cada paso que des
Del oro en solicitud,
Te quitará una virtud;
Y si llegas á marqués,

El márqués de la avaricia
Te llamará el mundo todo,
Sin que puedas el apodo
Renunciar sin injusticia.

**MAZ.** Me anuncias cosas tan fieras,
Padre, que asustan por cierto;
Pero felizmente advierto
Que son profecías hueras.
En lo que primero hablásteis
Acerca de mis riquezas
Futuras, y mis grandezas
Del *marquesado*, acertásteis.
¡Vive Dios! rico he de ser
Y marqués, y de marquesa,
Segun mi formal promesa,
Ha de verse mi mujer.
¿No merece por ventura
Ser marquesa mi María?

**F. ANT.** Bien lo merece, á fe mia,
Tan celestial criatura.

**MARÍA** *(Abriendo lentamente la puerta de una alcoba y presentándose con modestia).*
Algo he alcanzado á oir
De lo que los dos hablais;
Y pues mi nombre tocais,
A la disputa asistir
He *querido*

**MAZ.** ¡Angel de amor!
¡Tesoro de mi alma, ven!

**F. ANT.** *(Aparte)* Y el chico la quiere bien;
¡Oh si durase este ardor!

**MAZ. A MARÍA.** ¿Quieres discutir? Ya siento
Que soy por tí rebatido.

**MARÍA.** Caro esposo, yo he traido
Solamente un argumento.

**MAZ.** Niña, si con uno basta:
Cuando hablas tú ¿Quién replica?

**MARÍA.** Óyeme, eso de ser rica
Con mi carácter contrasta.
Ni oro ni títulos quiero;
No anhelo ser opulenta;
*Con ser tuya estoy contenta*;
Tu amor á todo prefiero.
Mediana es en punto á bienes

Nuestra condicion actual;
¿Para qué de más caudal
Ambicion tan loca tienes?
¡Ay, Baltasar! cuando escucho
Tu delirante deseo,
Ya imagino que te veo
Pervertido, y peno mucho.
Quisiera yo siempre verte
Bueno como hoy, aunque pobre;
Que la miseria me sobre
Quisiera, más no perderte.
Y perdido para mí
Serás desde que descuides
Amarme, é ingrato me olvides
Por el oro baladí.
Entónces ¡ay, Baltasar!
Tu desdichada María,
¿Qué otro bien anhelaria,
Si no al sepulcro bajar?
*(Váse derramando lágrimas).*

MAZ. ¡Aguarda!
MARÍA. Todo lo he dicho.
MAZ. Ven, amór mio! Se fué.
Padre Antonio, mirad qué
Pueril y extraño capricho!
F. ANT. Es verdad que corroboro.
MAZ. ¿Verdad? Pues ¡cómo!
F. ANT. ¡Ah, Carriedo!
Si supieras cuánto miedo
El casto amor tiene al oro!
Salvo tal cual excepcion
(Dicho lo tengo) el caudal
Excesivo es el fatal
Tósigo del corazon.
Y amor puro nunca anida
Donde hay muerte y podredumbre,
Por más que el metal relumbre
Cual tentacion atrevida.
Razon á María sobra
Que tu amor pone en las nubes,
Cuando, si á ser rico subes,
Temor de perderlo cobra.
MAZ. ¡Vamos! sois mal agorero,
Y tan mal de mí pensais,

El márqués de la avaricia
Te llamará el mundo todo,
Sin que puedas el apodo
Renunciar sin injusticia.

MAZ. Me *anuncias* cosas tan fieras,
Padre, que asustan por cierto;
Pero felizmente advierto
Que son profecías hueras.
En lo que primero hablásteis
Acerca de mis riquezas
Futuras, y mis grandezas
Del marquesado, acertásteis.
¡Vive Dios! rico he de ser
Y marqués, y de marquesa,
Segun mi formal promesa,
Ha de verse mi mujer.
¿No merece por ventura
Ser marquesa mi María?

F. ANT. Bien lo merece, á fe mia,
Tan celestial criatura.

MARÍA *(Abriendo lentamente la puerta de una alcoba y presentándose con modestia).*
Algo he alcanzado á oir.
De lo que los dos hablais;
Y pues mi nombre tocais,
A la disputa asistir
He querido

MAZ. ¡Angel de amor!
¡Tesoro de mi alma, ven!

F. ANT. *(Aparte)* Y el chico la quiere bien;
¡Oh si durase este ardor!

MAZ. A MARÍA. ¿Quieres discutir? Ya siento
Que soy por tí rebatido.

MARÍA. Caro esposo, yo he traido
Solamente un argumento.

MAZ. Niña, si con uno basta:
Cuando hablas tú ¿Quién replica?

MARÍA. Oyeme, eso de ser rica
Con mi carácter contrasta.
Ni oro ni títulos quiero;
No anhelo ser opulenta;
Con ser tuya estoy contenta;
Tu amor á todo prefiero.
Mediana es en punto á bienes

Nuestra condicion actual;
¿Para qué de más caudal
Ambicion tan loca tienes?
¡Ay, Baltasar! cuando escucho
Tu delirante deseo,
Ya imagino que te veo
Pervertido, y peno mucho.
Quisiera yo siempre verte
Bueno como hoy, aunque pobre;
Que la miseria me sobre
Quisiera, más no perderte.
Y perdido para mí
Serás desde que descuides
Amarme, ó ingrato me olvides
Por el oro baladí.
Entónces ¡ay, Baltasar!
Tu desdichada María,
¿Qué otro bien anhelaria,
Si no al sepulcro bajar?
*(Váse derramando lágrimas).*

MAZ. ¡Aguarda!
MARÍA. Todo lo he dicho.
MAZ. Ven, amór mio! Se fué.
Padre Antonio, mirad qué
Püeril y extraño capricho!
F. ANT. Es verdad que corroboro.
MAZ. ¿Verdad? Pues ¡cómo!
F. ANT. ¡Ah, Carriedo!
Si supieras cuánto miedo
El casto amor tiene al oro!
Salvo tal cual excepcion
(Dicho lo tengo) el caudal
Excesivo es el fatal
Tósigo del corazon.
Y amor puro nunca anida
Donde hay muerte y podredumbre,
Por más que el metal relumbre
Cual tentacion atrevida.
Razon á María sobra
Que tu amor pone en las nubes,
Cuando, si á ser rico subes,
Temor de perderlo cobra.
MAZ. ¡Vamos! sois mal agorero,
Y tan mal de mí pensais,

Que á veces juzgo que estais
De buen humor y chancero.
Pero si en serio decis
Esas cosas, padre mio,
Desde ahora os desafio
Con un redondo mentis.

F. ANT. *(Con calma y sorna)* La injuria perdono: soy
Cristiano y fraile. Mas oye,
Y que tu razon apoye
La apuesta que á hacerte voy.

MAZ. ¿Quereis apostar?

F. ANT. Devéras.

MAZ. ¿Devéras?

F. ANT. Apuesto á que
Cuando fortuna te dé
Los bienes que de ella esperas,
Ya otro Carriedo, serás
De tu esposo cruel verdugo,
Y á fray Antonio un mendrugo
De tu mesa negarás.

MAZ. ¡Ja ja! bien dije que os veis
Chancero, padre, cual nunca.
Pero no dejemos trunca
La apuesta que proponeis.
Solo una duda me ocurre:
Ya vuestra paternidad
Pasa de raya en edad,
Y la vida se os escurre....

F. ANT. Ya te comprendo. ¡Aprensiones!
No te dé pena mi muerte,
Porque he de venir á verte
De las eternas regiones.

MAZ. ¿Vendreis? Pero ¿qué cobraros
Podré, pobre alma bendita?
¿O acudireis á la cita
Porque yo os deba pagaros?

F. ANT. Claro se está; pues la apuesta
Seguro es que he de ganarte;
Y si bien de no cobrarte
Hago desde ahora protesta,
Vendré, porque tengo antojo
De admirar cumplido aquello
De que se pase un camello
De una aguja por el ojo.

# II.

Dijo el fraile y se fué. Mohino en tanto
Le vió partir el español Carriedo,
Y repasando el diálogo se estuvo
Largas horas despues en su aposento.

Nació su corazon para las cuitas,
Dulces á veces, del estado estrecho
En que se riegan con sudor los surcos,
Mas las santas virtudes dan consuelos.

Su fantasía juvenil y ardiente
Aéreos jardines fabricar empero
Hízole, y vino del hispano clima
A dar vida en América á sus sueños.

Amontonar caudales, y algun noble
Título conquistar, eran objetos
Que le robaban los sentidos todos,
Y enardecían sin cesar su pecho.

Sin oro y sin nobleza (¡oh qué menguado
Mezquino y miserable pensamiento!)
No concebia el desdichado jóven
Virtud ni dicha ni honra—nada bueno.

Y no se juzgue que egoista á su alma
De puros y virtuosos sentimientos
Los gérmenes negó naturaleza
Y le hizo adrede á la ambicion propenso,

Y á la codicia vil, no; que el ambiente
Corruptor de la corte su veneno
Sobre ellos, como suele, derramando
Les impidió nacer y alzarse al cielo.

En modesto retiro esas simientes,
Y de un hábil cultor con los desvelos,
A ser flores bellísimas llegaran,
Grato adorno talvez del patrio suelo;

Mas del destino la tirana diestra
Arrojó á Baltasar, aun jóven tierno,
De Madrid al tumulto y á los vicios,
Reinando el grande rey Cárlos tercero.

Sin apoyo, sin guia, vivo, ardiente,
Un breve lustro fué sobrado tiempo
A que del mundo en su ánimo imprimiera
Huella profunda el pernicioso ejemplo.

Vió el lujo, oyó la fama de los ricos,
Contempló sus placeres, á él agenos,
Quiso alcanzarlos, se sintió sin fuerzas
Y á la roedora envidia abrió su seno,

Y el despecho nació; más de él llevado
De ser rico hizo un dia juramento,
Y de alzarse al nivel de aquellos nobles
Y brillar á su vez de envidia objeto.

¡Pobre don Baltasar! dado no le era
Presentir que al colmarse esos deseos,
El corazon desnudo de virtudes,
De las repletas arcas triste siervo,

Seria cual escarcha á tiernas flores
A todo noble y generoso afecto,
Y cual azor á tímidas palomas,
A la honra, la ventura y el contento.

Juró ser rico, sí; y abierto campo
Fué el mundo de Colon á sus proyectos.
Ya en él está. De las andinas mesas
Toma el arduo camino, y grato albergo

Halla por fin de la hija del Pichincha,
Hermosa Quito, en el blondoso pecho.
Pero ¿qué hacer allí?....Planes y audacia
Trajo, cual avisado aventurero:

Carga que sin trabajo se trasporta,
Que el mar no daña ni arrebata el viento,
Libre de manos salteadoras, libre
De decomisos, pechos y derechos.

Pronto la suerte la ocasion propicia
De dar sólida basa à sus proyectos
Del matrimonio le mostró en los lazos,
Do á par de linda esposa halló talegos.

---

Bella y encantadora fué María.
Como esos misteriosos aéreos seres,
Ideal de fantásticas mujeres,
Que finge la ardorosa poesía.

Sílfide, fada ó ninfa, su hermosura
Por voz comun se arrebató la palma;
Mas tuvo otro tesoro, y era su alma
Como el amor de un ángel tierna y pura.

Ojos negros y dulces cual sus ojos
Nadie espere encontrar si no en los cielos;
Causa de justa envidia y justos celos,
No tuvieron rival sus labios rojos.

Su endëada y sedosa cabellera
No diseñar mi indocto lápiz osa,
Ni convendria á su esbeltez de diosa
El símil de romántica palmera.

Y á tantas corporales perfecciones
Vivo explendor de inteligencia unia,
Y tal virtud que suavizar podria
De las fieras los duros corazones,

Ménos el de un avaro....De la viuda
De un oidor única hija, con decencia,
No con boato que empaña la inocencia,
La madre le crió,—madre sesuda.

Cien rendidos amantes la conquista
De ser tan adorable pretendieron,
Y de ellos, en verdad, algunos fueron
Dignos de hallarla á sus requiebros lista.

Más el destino cruel postróla en brazos
De Carriedo, el oscuro advenedizo:
¡Ay! fascinada por su amor postizo
Del himeneo se prestó á los lazos.

Creyó en ellas gozar dichosa suerte
Y llevar se dejó, mansa ovejilla,
A las aras de un ídolo de arcilla
Donde encontró dolor y lenta muerte.

No era objeto de amor al castellano,
Que nunca rindió culto á la belleza:
Solo quiso del dote la riqueza
Alcanzar de María con la mano.

Y mano y dote ¡pobre niña! al darle
Le entregó sin reserva el corazon:
Vió en él un númen y llegó á adorarle
Con el fuego de insólita pasion.

¡Ay esposa infeliz cuando la venda
Venga á rasgarle el desengaño cruel!
¡Cuando al infausto amor ya no halle enmienda,
Y apure acíbar en lugar de miel!

¿Qué hará entónces? ¿qué hará? La flor bendita
Del casto y puro amor brota una vez;
Cualquier malsano viento la marchita;
Mátanla ingratitud y sordidez.

¿Qué hará María, el alma despojada
De las dulces delicias que soñó,
Rota en su mano el ánfora encantada
Donde mil ilusiones encerró?

¿Qué hará? Llorar su juventud florida,
Azucena arrojada á un cenagal;
La esperanza del bien llorar perdida;
Llorar muerto su amor angelical;

Llorar, llorar, sin ver amigo puerto
Donde pueda sus velas dirigir,
Y solo del sepulcro amparo cierto
Esperar, y ¡dichoso porvenir!

---

De San Francisco una tarde
Las campanas clamorean
Con el son que de haber muerto
Algun fraile es clara seña.
¿Quién, los curiosos preguntan,
El religioso es que deja
La vida?—¿Quién? Fray Antonio,
El santo, dan por respuesta.
Murió fray Antonio, y santo
Religioso, en verdad, era:
Su larga vida fué solo
Larga y ruda penitencia.
Nació rico; más bien presto
Juzgó mal de la riqueza;
Y sondeóse el corazon,
Y halló en él patentes muestras
De que al explendor del oro
Torpes vicios la cabeza
Poderosos alzarian
Del alma con grave mengua;
Y sus bienes á hospitales
Legando y pobres iglesias,
Abrazó del franciscano
La abnegacion y pobreza.

---

María el alba siguiente,
Turbado el tímido pecho,
Dejó de súbito el lecho
Y *se puso á orar ferviente.*
Carriedo, tambien turbado
Su poco, la preguntó:
—Prenda mia, ¿qué te dió?
¿Por qué así te has asustado?
—Acaba de sucederme
Tener una pesadilla:
Cubierto de su capilla
Fray Antonio vino á verme.
—Y ¿que te dijo?—En voz tarda,
Pero amable, cual solía,
"Sé buena siempre, María...
Yo volveré....sufre....aguarda."
—Me gusta mucho el consejo.
Pero ¿no sabes que á mí....?
—¿Qué? ¿vino tambien á tí?
—Vino tambien ...¡Fraile viejo!
—¡Esto es raro!—Coincidencia
Y nada más.—¿Qué te dijo?
—Me trató cual siempre de hijo,
E hízome seria advertencia....
¡Vamos! chistoso fué el sueño:
Advirtióme en clara frase
Que la apuesta no olvidase
Y en pagarla hubiese empeño.
¡Fantasías caprichosas!
—Y que á mí me causan susto.
—Y que á mi me dan disgusto,
Porque son de un fraile cosas.

---

Los sueños son como cifras
Dibujadas en arena,
Que á un leve soplo del aura
No queda vestigio de ellas.
Así tambien es la vida:
Cifra ó punto que en la tierra
*Brilla y se mueve un instante*
Y la muerte borra á priesa.
Largos años trascurrieron;
Nadie del fraile se acuerda:
Sobre su losa y su nombre
Tendió el olvido sus nieblas.



# III.

En la derecha orilla
Del caudaloso y bramador *Patate;* (1)
De estéril loma que continuo bate
El soplo de los vientos, en la falda
Hay una deliciosa praderilla
De color de esmeralda.
Hácia la parte superior borbota
De puras aguas fuente cristalina;
Pero de ella vecina
Bajo capa de céspedes, ignota
Ciénaga treme, que el ganado nunca,
Por miedo acaso de sumirse, huella.
Aquellos sitios otro tiempo hermosos
Eran muy más que ahora:
La dulce caña con el fresco prado
Alternaba, y la bella
Huerta de raras frutas y hortalizas;
Largas, rectas hileras de frondosos
Sauces eran la linde y el cercado;
Al centro un bosque umbrío y elevado;
Aquí jardines de olorosas flores;
Allá caballerizas;
En otra parte máquinas diversas
Activas y ruidosas,
Y en lugar conveniente las hermosas
Habitaciones de paredes tersas,
Blancas como la nieve, y rojos techos,
Cual si de vivas ascuas fuesen hechos.
De este cuadro la vida completaban
Gordas y lucias vacas de repletas

Ubres que en leche el césped rociaban;
Alegres potranquillas que en corbetas
Entre sí competian, y en veloce
Carrera circular infatigable;
Corderos que esmaltaban, cual lucientes
Trozos de plata, las cercanas lomas;
Bandada innumerable
De pintadas polomas
Que en aérea palestra diferentes
Evoluciones hacen y figuras....
Tal *Yataquí* era entónces, la preciada
Flor del *Patate* y de las quintas perla.
¿Quién mansion tan risueña y agradable
Nido de amores y de dichas puras
No la juzgara con razon al verla?
¡Ay duro y triste engaño! pues morada
Era de maldicion y de dolores.
Así del Amazonas en la rica
Vega la *liana cuando entrelazada*
De árbol en árbol, de preciosas flores
Y anchas hojas cuajada,
Y encantados alcázares fabrica.
Favónio juega entre ellos
Inebriado en suavísimos olores;
Enjambre volador de insectos bellos
De alas de oro y rubí deslumbradoras
Concurre inquieto y bigarradas aves
De gargantas canoras.
¿Quien no juzga que allí su predilecta
Mansion tienen las ninfas
Reinas del bosque umbrío,
Y que aun, por recrearse, las del rio
A ella suben, dejando el de süaves
Flexibles algas y rizadas linfas
Escondido palacio y misterioso?
¡Engaño! engaño! Un tigre temeroso
Allí se esconde, y cuando airado brama
Aves y mariposas
Amedrentadas huyen; y aun es fama
Que las flores hermosas
De susto se estremecen, y que entre ellas
Muda y tímida el aura que las ama
Se apresura á plegar las alas bellas.

---

Carriedo el castellano de *Yataquí* es la fiera,
Que en popular lenguaje *Mazorra* se llamó,
Hambriento de caudales, tardía la carrera
De la labor honrada comun le pareció.

Los indios de aquel tiempo, cual miserables párias,
Al ponderoso yugo doblaban la cerviz;
Pero el despecho dióles en veces harto varias
Audacia que....¡su suerte volvió más infeliz!

Corria de los *blancos* la sangre á manos de ellos;
Terrible era su furia y atroz su crüeldad;
Más luego las cadenas doblábanse á sus cuellos,
O en la horca se les daba....¡perpetua libertad!

De un bárbaro alzamiento Mazorra á la venganza
Con esforzado pecho prestóse una ocasion;
Pero las *arterías á penetrar se alcanza*
De su única perversa, diabólica intencion.

¡Ay malhadados hijos de las andinas tierras!
¡Ay, míseros que al crímen la fuerza del penar
Los impelió, y rodaron cual de empinadas sierras
Desencajada roca que á hundirse va en el mar!

Mazorra, de secuaces seguido, sable en mano,
A los alzados indios terrible acometió;
Piedad la mujer no hubo ni el niño ni el anciano
Y muerte y latrocinio por donde fué sembró.

.......................................................

---

Ya es rico Mazorra, muy rico, ¡y el alma
Abrásale aun de oro maldita la sed!
Y el mísero pecho no conoce calma,
Y no hay generosos afectos en él.

Cual voraz incendio su codicia crece,
Y el cebo es el propio soberbio caudal;
En medio á sus llamas la virtud perece,
Y hasta sus cenizas borra el vendaval.

¿Qué tesoros pueden saciar al que enfermo
De mal de codicia siente el corazon,
Y seco, y ardiente, y estéril y yermo
Lecho es desolado de infame pasion?

Desciende la lluvia, se empapa el desierto;
Más pasa la nube, cesó de llover,
Y ansía el de arena mar árido y muerto
Que vuelva un mar de agua sobre él á caer.

Y cae cien veces y el polvo le absorbe;
Y cae mil veces y absórbele mil.
Así el codicioso: si fuera oro el orbe,
Faltaran riquezas á su ansia febril.

El dote muy pronto que trajo María
Le puso Mazorra tres veces mayor;
Más ella con pena mermarse veía
El que soñó un tiempo tesoro de amor.

Cuando él de los indios gozóse en la muerte
Y envuelto en su sangre ganó un Potosí,
Se cuenta que dijo: —Va dando la suerte;
Más ¿cuándo un mar de oro será *Yataquí*?

Y que ella, la pura, la angélica esposa,
De angustia y despecho gimiendo exclamó:
—¡Cuán dura es mi suerte, cuán negra y odiosa!
¡Creció la riqueza y amor acabó!

---

Predilecta mansion del rico avaro
Aquella quinta deliciosa fué,
Y en ella puso las henchidas arcas
Y otras vacías que henchirá tambien.

Y junto al oro están su mente inquieta
De fantasmas creándose un tropel,
Y el miserable corazon que punza
De la sospecha el aguijon crüel.

Ya de aleve ganzua escucha el ruido;
Ya siente el quicio roto ó la pared;
Brillar del asesino ve el acero,
Y existencia y caudal desparecer.

Ladrones teme en la cercana selva;
Brotar ladrones las praderas ve;
Ladrones en la huerta y en el rio;
La casa cueva de ladrones es.

De cuantos mira y trata desconfía;
Halla en todos y en todo qué temer,
Y de su esposa celestial recela,
¡Qué á tanto llegó al fin su insensatez!

Cuando se aleja de la quinta, vuelve
La macilenta faz más de una vez
Buscando con el ávida mirada
Dónde su ídolo está, su único bien;

Y suele en ocasiones, desalado,
Cual ciervo perseguido del lebrel,
A sus arcas volar, verlas, palparlas,
Y á su camino retornar despues.

A guisa de rosario veinte llaves
Cuelgan del cuello, presas de un cordel;
Y con mano convulsa oprime ó cuenta
Receloso en el dia veces diez.

Las silenciosas horas de la noche
De blanda paz y de descanso á quien
En penosa labor consume el dia,
Manando rios de sudor la sien;

En que si ajena la virtud al sueño
Del alba espera la sonrisa ver,
En la santa oracion halla delicias,
O de otro en aliviar dolencia cruel;

En que el artero amor visita el pecho
De casta vírgen por primera vez,
De genio aéreo en indecisa y vaga
Forma, y anida para siempre en él;

De la menguante luna pobre rayo,
De lúgubre y siniestra palidez
Por entre nubes enlutadas baja,
Que tal cuadro esa luz há menester.

---

Rompe el alba y desvanece
De fantasmas el enjambre,
Y Mazorra deja el lecho
Y reza, de sus caudales
Delante; sus oraciones,
En vez de al cielo elevarse
Como el perfume del alma,
Al suelo abatidas caen.
El ánimo emponzoñado,
*Hosco y miedoso el semblante*,
El pecho dispuesto á la ira,
De su aposento al fin sale;
Y cual siempre indiferente
De la miseria á los ayes,
Ve ya su quinta animada
Del trabajo en todas partes.
Allí está el abyecto esclavo,
Que arrastra hierros infames,
Y agobiado en sus tareas
Siente la vida agotarse;
Allí el indio, dueño un dia
Feliz de campos y hogares,
De su tirano al servicio
Consagra duros afanes;
Allí en rígidas faenas
Se fatiga el sexo amable,
Y la niñez inocente
En servil aprendizaje;
Allí ¡oh crueldad! condenado
A indignas pruebas un ángel,
Tender las alas anhela
Y á su mansion elevarse....
(¡Misterio triste y profundo
Y que no penetra nadie,
Que un puro ser de los cielos

Pene del mundo en la cárcel!..
Y del rebenque el chasquido
Que resuena á cada instante,
Y la queja dolorosa
Del esclavo miserable,
Y el crugir de las cadenas,
Y el ladrido de los canes
Que adentellan al mendigo
Que se acerca á los umbrales,
Y el eco desapacible
De feroces capataces
Que nunca la lengua mueven
Sin vibrar el látigo ántes;
Forman concierto infernal,
De cuadrúpedos y de aves
Con los destemplados gritos
Que lleva léjos el aire,
Con el chirrío de ruedas
Y el tras tras de los telares,
Con el rumor de las aguas
Y el golpe de los batanes:
*Concierto que el pecho oprime*
Y que hace cortar la sangre
De quien á él no acostumbrado
De oirle se ve en el trance;
Pero que encanta á Mazorra
Cual pudieran celestiales
Melodías á quien alma
Cual la suya no animase.

## IV.

Brilló con luz macilenta.
Una aurora de febrero,
Y entre vaporosas nubes
A poco la faz de fuego
Del sol asomó, cual hacha
Fúnebre tras negro velo
Ardiendo: ¡presagio triste
De algun terrible suceso!
La neblina que rastrera
Vagaba por los risueños
Verdes campos, sus opacos
Vellones desenvolviendo,
En mil formas caprichosas,
Ver dejaba los objetos,
Que allá hundidos parecian
En un abismo funesto.
Gigantescas son las vacas,
Blancas moles los corderos,
Y montañas que se mueven
Semejan los rojos techos.
Los árboles son fantasmas,
En negras caudas envueltos,
Cuyas cabezas se pierden
En el entoldado cielo.
El rio que existe avisa
Tronando oculto en el seno
De un caos; más de sus ondas
Nadie ve el rodar violento.

Imágen de quien al mundo
Quiere esconderse modesto,
Miéntras suena poderosa
La noble voz de su genio.
El gorrion y el mirlo temen
Batir las alas al viento,
Y entre el follaje escondidos
Guardan extraño silencio;
Naturaleza enlutada
Y llorosa, del supremo
Juez parece que aguardando
Está algun fallo tremendo;
Y se estremece y conturba
Del *Tunguragua á los ecos*
Que de rato en rato suenan
De su furor mensajeros. (2)

---

Empero ántes que del alba
Luciera el tinte primero,
Toda era afan Yataquí,
Toda activo movimiento.
En la fäena las manos,
La frente inclinada al suelo;
En triste voz levantaban
*Indios y negros su rezo.*
La luz brillaba, y crecía
La actividad al momento,
Y á empaparse comenzaba
En sudor el triste obrero.
A hebras aquí reducido
Era el vellon con esmero,
Y del algodon los copos,
De la nieve fiel remedo;
Máquinas allí sonaban
Tejiendo el paño y el lienzo;
Acá del batan los mazos
Iban á compas cayendo;
Más allá la ardiente fragua
Bramaba como un infierno;
Y *fulminaba centellas*

Al golpe el candente acero;
En ese campo surcaba
La reja el fecundo suelo,
Y en aquel cerco se hacía
De cien vacas el *ordeño*.

---

Rostro ceñudo y altivo,
Burda bata, gran sombrero,
Botin de piel de caballo,
Calzones de paña viejos;
Tipo de avaro colono,
Cuasi vestigio, y objeto
De odio y terror para muchos,
Para algunos de desprecio;
Mazorra en tanto, en la diestra
Un gran rebenque batiendo,
Sus fábricas visitaba
Y sus abundosos huertos.
¿Hallaba por un segundo
Un telar sin movimiento?
Al punto el ramal hería
La espalda del triste obrero.
¿Faltaba el fruto de un árbol
O una legumbre del suelo?
¡Ay del mísero hortelano
Que cedió un instante al sueño!....
E iban siempre con los golpes
La blasfemia y el denuesto,
Que el oido lastimaban
Y eran al alma veneno.

---

Era la mañana aquella
De aspecto triste y sombrío.
De la mansion de Mazorra
Se abrió repente el postigo,
Y entró con pasos muy lentos

Un religioso franciscano,
Señales claras mostrando
De haber de léjos venido.
Sombrero tieso traía
De amplias faldas y amarillo,
Hácia la pálida frente,
Acaso á posta, caido;
Al hombro siniestro alforjas
De pobreza con indicios,
Y en la diestra mano un tosco
Largo baston de nudillos;
Las zandalias aforradas
Con el barro del camino,
Y los hábitos mojados
Con la niebla y el rocío.

---

—¡Fraile otra vez! exclamó
Mazorra enojado al verle;
¡Que siempre haya de tenerle
Como una estantigua yo!
Hállole si estoy dispierto,
Sueñole si estoy dormido.
¿Si seré de él tan querido
Que me busque hasta de muerto?
Y luego ¿quién me responde
Que ese fraile que masculla
Su *Pater*, so la cogulla
Siniestra intencion no esconde?
Más de un ladron por aquí
Disfrazado mi oro husmea.....
¡Hola, padre! ¿qué desea?
¿Qué le trajo á *Yataquí?*
—Perdonad si os importuno,
Y una limosna, por Dios....
—No la tengo para vos
Ni para ocioso ninguno.
—Pobre fraile mendicante,
Os pido con humildad.
—¡Idos!—Tened caridad.
—Haragan, ¡fuera al instante!

—Señor marqués, que contais
Con tan colosal riqueza,
¿Os ofende la pobreza
Que tan duro la tratais?
Yo pensé que un caballero
Que lleva nombre cristiano,
Es más piadoso y humano
Miéntras cuenta más dinero.
—¡Y miren cual me replica!
—Perdonad si os he ofendido.
—¡Fraile!—¡Perdon!—¡Atrevido!
—¡Perdon! un fraile os suplica!
—¡Idos, idos, miserable!
Y cargue el diablo con vos.
—Señor, calmaos y á Dios:
No por mí pleito se entable.

---

—¡Fuera! fuera de mi casa!
Siguió iracundo Carriedo,
Y concitó contra el padre
La furia de doce perros.
Abalanzáronse todos
Al cuitado pordiosero;
Cual suelen allá en la caza
Sobre el fatigado ciervo.
Turbado el rostro de susto
Corrió al postigo, batiendo
El baston con ligereza
Contra la jauría; empero
Cual por detrás le cargaba,
Cual por el frente, y á un tiempo
Por derecha y por izquierda
Y con creciente ira y fuego.
Caía el baston á veces
Sobre las fieras, que á trecho
Corto huían, en agudos
Alaridos prorumpiendo;
Pero con él embestian
Con más ahinco al momento.
La alforja cayó del hombro,
Rodó el enorme sombrero,

El hábito era girones,
Dentellado estaba el cuerpo,
Y salpicado de gotas
De caliente sangre el suelo,
Cuando asomó por acaso
Del fraile en auxilio un negro
Que á la labranza salia
A un campo de allí no léjos;
Ahuyentó los fieros galgos,
Recogió alforja y sombrero,
Y al religioso volviólos
Con palabras de consuelo.
—Véngase, añadió, pasito
Por aquí, mi reverendo,
Y que asome otra jauría
*Sumercé* (3) no tenga miedo.
Y una tortuosa vereda
Tomaron que daba al huerto,
El esclavo por delante
Y ambos á dos en silencio.
Aun habia parda niebla
Que en pesado y tardo vuelo
Se enredaba entre las ramas
O cubria el prado á trechos.
Al ver al fraile y su guia
Entre ella moverse envueltos,
Fantasmas se los juzgara
Hijos de un delirio ó sueño;
O el vulgo dijera acaso
Que eran ánimas que el cielo
Rechazó, por ser impuras,
De las puertas de su reino.

---

Mazorra de impío gozo
Sintió palpitarle el pecho
Al ver sus feroces galgos
Desgarrar al pordiosero;
Y á cavar luego volvia
En un antiguo proyecto,
Cabizbajo el corredor
A largos pasos midiendo:

—Muchos de marqués me tratan,
Y tengo antojos de serlo,
Por unir á mis riquezas
Título tan noble y bello;
Pero ¡diablo! un marquesado
Cuesta montes de dinero....
¿Valdrán lo que mi oro vale
Esas altezas que anhelo?....
¿Qué hacer?....Indeciso estoy
Hace larguísimo tiempo.
Hoy me animo....Sinembargo,
¡Qué dineral!....Esperemos.
Puede que baje en la corte
De los títulos el precio,
Y á noble marqués me encumbre
Sin mengua de mis talegos.
Estos planes tan alegres
Y dorados pensamientos,
Repente desvanecidos
Son á impulsos de un gran miedo:
Del temido Tunguragua
El bramar ronco y funesto,
En las breñas de los Andes
Prolongado por los ecos,
Del empedernido avaro
Vibra en el fondo del pecho,
Y le pára cual estatua
De mármol fija en el suelo.
Tambien se detuvo el guia
Del fraile breve momento,
Y dijo:—Mi padre, ¿escucha?
Ese es el grito del cerro.
Noches hace, el Tunguragua
Bramando está y echa fuego,
Y á cada bramido tiembla
Aquí muy cerca un potrero.
Yo lo he visto: mire, padre,
De véras da susto el verlo.
Hasta el ganado se espanta
Y váse á otra parte huyendo.
El fraile no habla; sus labios
Mueve silencioso rezo,
Y á andar su camino tornan
El detrás, delante el negro.

# V.

De un pobre altar junto al ara
Está un crucifijo hermoso,
Del quiteño *Caspicara* (4)
Escultura que bastara
A hacer su nombre famoso.

Aun era muy de mañana,
Y con pereza y desmayo
De la luz un breve rayo,
Partiendo de una ventana,
Daba al Cristo de soslayo.

Postrada al pié del altar
Desde ántes de amanecer
Está inmoble una mujer,
A quien se escucha llorar
Sin poderse contener.

Que es de la mujer el llanto,
De la mujer desvalida
Por el dolor perseguida,
La oracion del cielo santo
Sobre todas preferida.

¡Ah! cuando su lengua calla
Y se explica el corazon;
Cuando su gemido estalla
Y de sus lágrimas halla
Libre curso el aluvion,

Al contemplarla imagino
Que es la plegaria viviente
De la humanidad doliente,
Cuyo celestial destino
Trocó la astuta serpiente!

Gime, pues, aquella dama,
Escondido entre el capuz
El rostro. Algo más de luz
En el cuarto se derrama,
Y ella alza á ver á Jesus.

Gracias á la luz bendita
Que hacerlo posibilita,
La faz á verle se alcanza,
Y es una faz tan bonita
Que excede á toda alabanza.

Más que huellas de los años
Muestra su pálida frente
De funestos desengaños
Y de un dolor permanente
Los ultrajes y los daños.

La virginal tierna flor
Abrese y luce su gala;
Pero luego el tallo escala
Vil insecto roedor,
Y el dulce seno le cala.

En los pétalos asoma
Poco á poco el daño oculto;
Más no perece su aroma,
Cual su color, al insulto,
Y amante el aura lo toma.

Así esa señora bella
Tiene el alma destrozada,
Y en su face demacrada
Del dolor que la adentella
Se ve la señal grabada;

Mas vive sin deterioro
De su virtud el perfume;

La causa bien se presume:
Como es celestial tesoro
El dolor no lo consume.

La palidez, la flacura,
Del mirar la languideza
Y el aire de honda tristeza
Han cambiado su figura,
No han borrado su belleza.

Parece un ser divinal
Que para al cielo tornarse
Quiere desembarazarse
De la forma corporal
A *que hubo de sujetarse.*

Esa mujer es María.
El cambio que ella temia
No tardó en sobrevenir:
¡Llegó, llegó el triste dia
De padecer y gemir!

Ya no es Carriedo el esposo
A quien su vida entregó,
A quien con delirio amó
Es un tiranuelo odioso
Que su ventura mató.

De amarle empero no cesa;
No es el *dulce amor primero,*
Es el amor grave, austero
Que en proseguir se interesa
Del deber por el sendero:

Infausta pasion ingerta
En el tronco del dolor,
A veces parece muerta;
Mas á dar siempre está alerta
Frutos de amargo sabor;

Frutos que solo devora
¡Ay! su propio corazon
En silencio, hora tras hora,
Pues jamas del mundo implora
Consuelo ni proteccion.

¿Acaso el mundo podria
Tornar á Mazorra bueno?....
¡Hace bien, pobre María,
De ocultar su angustia impía
En lo mas hondo del seno!

Orar humilde y llorar
Del Crucifijo á los pies,
Y al desvalido amparar,
El único alivio es
Que su alma puede gustar.

Sin que lo advierta Mazorra
Llena siempre de prudencia,
Cercena gastos y ahorra
Algo con que á la indigencia
Que clame á su puerta, acorra.

Jamás del enfermo en vano
Oye el trémulo clamor,
Y al bien que obra con la mano
Junta un consejo cristiano
O un dicho consolador.

Mazorra vierte amargura;
Ella, vaso de dulzura,
En templarla se desvela;
Hiere el esposo, ella cura;
El injuria, ella consuela.

Esta lucha es incesante,
Mas no se cansa María,
Y sigue, y sigue adelante
Con pecho firme y constante
De la virtud en la via.

Mujer tan santa, es muy claro
Que cautiva corazones;
Solo excepto el de un avaro,
Frio saco de doblones,
Pues fuera caso bien raro.

En Yataquí tanto la aman,
Cuanto á su esposo aborrecen;

Con gratos nombres la llaman,
Y cuando un bien le agradecen
Su providencia la aclaman.

Cuando de amor y respeto
Tan vivas muestras recibe,
Con modo suave y discreto,
Por lo que ella ora en secreto
Que oren los demas prescribe.

Y tras un suspiro luego
Añade en su corazon:
¡Oh Dios mio! á tí me entrego,
Y que me salves te ruego
De este abismo de afliccion!

---

En su oratorio encerrada
Ora, pues, María puesta
De rodillas; de sus ojos
Rios de lágrimas ruedan,
Y del infelice pecho
En que hay perenne tormenta
De dolores, se le escapan
Mil suspiros y mil quejas.
Al altar se arrima luego
Y en silencio é inmoble queda,
Cual de una santa la imágen
Tallada en marmorea piedra:
Consintió el cielo que su alma
Se elevara de la tierra
En éxtasis delicioso
Hasta su mansion eterna.
Allí goza tales dichas,
Que no es dable á humana lengua
Explicarlas, y se juzga
Para siempre dueño de ellas.
Pero desde esas regiones
Donde feliz vive y reina,
Las miserias y los males
De la humanidad contempla.

Duélese de ella, y postrada
Ante la Deidad suprema
Porque la alivie y la salve
Humildemente la ruega;
Que es de la virtud empleo
La oracion por los que penan,
Bien goce del cielo vida,
Bien peregrine en la tierra.
Al fin, del místico sueño
El ruido que hace la puerta
Al entreabrirse la saca,
Y una voz que dice apènas:
—Amita, (5) pide limosna
Un franciscano aquí cerca,
Y es el mismo sobre el cual
Cayó toda la perrera.
¿No oyó la bulla?—Es el negro
Compasivo que en defensa
Del fraile asomó quien habla,
Extendiendo la cabeza
Dentro del cuarto. María
Se alza al punto; una gaveta
Tira en silencio y con pausa
Toma unas pocas monedas.
Despues se envuelve en un manto,
Y á salir dándose priesa,
—Guíame, al esclavo dice,
Y en el huerto ambos penetran.

---

En un cenador umbroso
Cercado de flores bellas,
Que para solaz de fadas
Parece que alzado fuera,
Sentado en un banco el fraile,
La vista baja y modesta,
Rezaba, de su rosario
Pasando las gordas cuentas
Una á una, cuando vino
Hácia él la esposa bella
Del avaro, cual celeste
Aparicion hechicera.

Del padre el saludo humilde
Ella devolvió risueña,
Tendiéndole al mismo tiempo
Con la limosna la diestra.
Luego nota desgarrado
El hábito, y sangre fresca
Que del pordiosero mancha
Los pies y manos; recuerda
Entónces que de los galgos
Oyó el ladrar, y suspensa
Queda y pálida, y sus ojos
Vierten dos nítidas perlas.
—Amita, dice el esclavo,
¿No lo conté á *sumercé*?
Cómo se encuentra ya ve
Su reverencia; y al cabo,
Si al tiempo no llego yo,
Lo comen; ¡Ave María!
Pues estaba la *jauría*
Hecha un infierno.—Escuchó
Al negro apénas el ama,
Que, á la caridad atenta,
Las llagas lava del padre
Con su propia suave diestra;
Y solícita las cubre
Con improvisadas vendas
Que hace rasgando un costoso
Pañuelo de blanda seda.
—Que el cielo en pago se os abra,
Dice el fraile agradecido,
Y añade dando sentido
Misterioso á su palabra:
No está vuestro galardon
En el mundo que habitais,
Y si á obtenerle aspirais,
Volad hácia otra region.
Dios os bendijo, señora:
Sabeis lo que es caridad;
Gracias dadle, y esperad....
¡Puede que ya venga la hora!....
—¿De qué hora hablais, padre mio?
—De aquella que anhelais vos;
Pues ¿no pedis siempre á Dios
Que os libre del mudon impío?

—Es verdad; mas me sorprendo
Que sepais mi pensamiento.
—Lo sé, y en este momento
Tanto para mí trasciende,
Que aseguro sin recelo
Quereis que á Dios yo le pida
La gracia de que esta vida
Os cambie por la del cielo.
—¡Oh padre! oh padre! María
Exclama de asombro llena,
Y á los pies del sacerdote
De hinojos caer se deja;
Y como flor que al doblarse
Al viento que la atropella,
De su cáliz el rocío
Cristalino y puro riega,
Así de lo hondo del pecho
Derrama lágrimas ella,
Entre sollozos que el habla
Del todo á impedirle llegan.
Con semblante compasivo
El buen fraile la contempla;
Pero al fin su labio anima
Melancólica y ligera
Sonrisa y dice:—Señora,
Alzaos, que ya se acercan
El juicio horrendo para unos,
Para otros la recompensa.
Y cuando el rostro levanta
María, ¡con qué sorpresa
Halla que ya el franciscano
Ha desparecido! En seña
Muda al esclavo pregunta,
Pues á expresarse no acierta
De otro modo; mas el negro
Tampoco mueve la lengua,
Y con espantados ojos
A su ama ve. Ya repuesta
Un tanto su alma, asegura
Que en las sombras de la selva
Vió perderse un bulto como
Humo que el viento se lleva,
Como el giron de una nube
O como un vellon de niebla.

Para explicarse el esclavo
No tiene á la postre ideas;
Pero se afirma en lo dicho,
Y tras un suspiro agrega:
—Yo tambien á la bondad
Del padre quise ampararme,
Por sí del cielo alcanzarme
Pudiera mi libertad.
¡Desgracia mia! se fué!
Pero es una alma del cielo,
Y es seguro que mi anhelo
Conoce, aunque no me ve.

# VI.

De triste aspecto la mañana sigue;
Sigue el volcan terrífico bramando,
Y de que al fin el cielo la castigue
Cobarde la maldad está temblando.

Bajo la tierra se prolonga el eco,
O las pesadas, frias nieblas cruza,
Trémulo, ronco, intermitente, hueco,
Fúnebre y que estremece y espeluza.

En sutil voz el vigilante gallo
De algun peligro muestra su recelo;
Inquieto de temor bate el caballo
Con la ferrada mano el duro suelo.

De los perros los lúgubres aullidos
Pueblan los vagos aires; los ganados
Corren sin saber donde espavoridos
Por praderas y lomas desmanados.

El viento duerme, y reinan sombra y calma;
Su faz naturaleza enseña mustia;
Abruma el corazon y abruma el alma
El peso de una cruel, horrible angustia.

Mazorra cual sonámbulo vaguea
Macilento y confuso por la casa.
Mira, y escucha, y siente; algo desea ...
No sabe al fin lo que consigo pasa.

A las fábricas va; sale al instante;
Entra al salon, recorre el patio, el huerto,
Los jardines, con paso vacilante,
Mudo y desfigurado como un muerto.

Pero súbito á veces ronco grita,
Y, cual otro Penteo desalado,
En carrera veloz se precipita
Por su propia conciencia fustigado.

Todos le ven con miedo y extrañeza,
Y hay entre los domésticos quien diga,
Con no muy reprensible ligereza,
Que el demonio al avaro así fatiga.

---

Dulce melancolía en la mirada,
En los labios suavísima sonrisa,
Rozando el suelo apénas, como fada
Envuelta en luz y en olorosa brisa;

Ser que ya de este mundo tiene poco
Y que á otro de ventura se avecina;
Rayo fugaz que se recoge al foco,
Desde donde partió, de luz divina,

A Mazorra María se presenta.
Y con delicadez le palpa el hombro.
Fija él en ella la mirada atenta
Y se pinta en su faz extraño asombro.

¿Qué tiene nuevo esa mujer hermosa
A quien ingrato al oro vil pospuso?
¿Esa es María, su olvidada esposa?....
O ántes bien no la vió, ú hoy está iluso....

Tiene algo que seduce y no se explica;
Algo hay que no hubo, y es al mundo ageno,
Que el pasmo de Mazorra justifica
Y el latir agitado de su seno....

Mas al fin pasa su primer sorpresa,
O indiferencia simulando fria,
Con desdeñosa frase así se expresa,
El mirar desviando de María:

—Estoy de mal humor, y tu agasajo
Me fastidia, mujer; ¿querrás largarte?
Y ella afable contesta:—Aquí me trajo
Una nueva feliz que ha de agradarte.

—¿Me traes oro?—Te dejo con el tuyo.
—¡Linda nueva!—Me voy:—En horabuena!
—En horabuena, sí; del mundo huyo:
Me aguarda arriba una mansion serena.

Tu amor era en la tierra mi ventura;
Pero acabó ese amor, y el cielo pio
Quiere término dar á la amargura
Con que injusto me matas, dueño mio.

¡Con qué ardor he anhelado este momento!
Y llega al fin ...¡A Dios!....Esposo, mira,
Alguien con mi alma está....No sé qué siento....
La muerte en torno de nosotros gira....

Con sarcasmo punzante
Iba réplica á dar el impio avaro;
Pero cual retumbante
Trueno de furibunda catarata,
O cual de mil horrísonos cañones
Simultáneo disparo,
El aire atravesó ruido espantoso
Y las entrañas de la tierra ocultas;
Y no hubo, al oirlo, bravos corazones
Que no sintiesen del pavor el hielo.
De Mazorra el sonriso malicioso
Disipóse al instante; entre sus labios
Murió la frase de veneno henchida;
Cubrió su faz de amarillez un velo;
Volviósele un erizo la cabeza,
Y su fuerza vital cayó abatida.

¡Pom, pom, pom! otra vez; y al ruido ahora
Temblor violento de la tierra sigue.
De fábricas y cuartos con presteza
Sale asustada y en tropel la gente,
Que en alta voz misericordia implora;
Quien se postra en el patio; quien consigue
A los campos lanzarse diligente;
Quien, adelado de pavor, no sabe
A dónde dirigir el veloz paso,
Y corre aquí y allá; quien con el grave
Peso á los piés de grillos y cadenas,
Lleno de angustia atroz, se mueve apenas;
Quien á la reja de fornido hierro
Que resguarda la puerta de su encierro,
Asido y sacudiéndola se agita;
Quien desde el hondo calabozo grita.
Arrecia el movimiento;
Las casas tambalean;
Rómpese la pared, cruje el cimiento,
Y de polvo sutil espesas nubes
En los aires ondean.
Mazorra, llena de pavor el alma,
Al depósito vuela
De su caudal idolatrado; tiende
En su ansiedad los brazos á él, y al punto
¡Qué horror! mira que el suelo allí se hiende,
Y de sus brazos mismos
Ruedan sonantes arcas y talegos
Y al seno van de lóbregos abismos.
De sus bordes Carriedo retrocede,
Que teme hundirse á su riqueza junto,
Y al fin, aún sin oro, ama la vida.
Lánzase fuera y busca sin sosiego
A su esposa exclamando:—Ven, querida!
¡Sálvame! ¡tú eres mi ángel! ¡tú mi amparo!....
Y postrado á sus piés los besa luego.
Las blancas manos sobre el pecho juntas,
Ojos y corazon al cielo vueltos,
En tranquila actitud ora María.
¡Ay! plegaria final que su alma envía
Desde la tierra por su esposo avaro!
¡Postrimer pensamiento de ternura
Puesto entre Dios y un criminal maldito
Por el ángel bendito

Del inocente amor y la dulzura!
Secos los labios, turbia la mirada,
Mazorra entre su gente consternada
Alguien quisiera descubrir.—¿En dónde
Está, pregunta al fin, el religioso?....
El religioso aquel....el franciscano....
El que limosna ha poco demandaba....
Buscádle....¿Do se esconde?....
¡Ea! esclavos, llamadle,
Y la limosna que pedia dadle....
Al punto en el zaguan, baston en mano
Y la alforja en el hombro, el fraile asoma.
—No es menester que se me busque, dice:
Heme, hijo mio, aquí.—¡Padre!—¿La apuesta
Quieres pagarme honrado, por ventura?
—¡La apuesta! ¡padre!—Sí; cuando te la hice,
¿Te acuerdas Baltasar? tomaste á broma
Lo que tan serio fué, y hoy de la diestra
De Dios vengo guiado;
Que perdida por tí la apuesta nuestra
Ya está.... ¡Mi padre!—Díme desdichado,
Por más que responderme no te cuadre,
¿Pasar podrá el camello
Hoy de la aguja por el ojo?—¡Padre!....
¡Ay! ¡qué veo!....¡qué veo!....¡¡Fray Antonio!
Quien al avaro en este fiero trance
Hora pudiese con la mente vello,
De una mísera presa del demonio
Viera todo el horror, el cual no humano
Pincel habrá que á bosquejar alcance.
En tanto la postrera sacudida
Del espantoso terremoto viene.
Como de oculta mina y alevosa
A la explosion, los edificios vuelan
En menudos fragmentos; la frondosa
Selva se pierde en un abismo hundida;
Rájanse con estrépito los montes
Y el hondo valle ocupan; de los aires
La enlutada region cruzan violentos
Y chocan entre sí vibrados trozos
De graníticas rocas, y contra ellas
Perecen estrelladas las que huyendo
Tienden rápidas alas en el caos
Que las envuelve, pavoridas aves;

El rio bate *las mugientes ondas*
Y en montañas las alza formidables.
Sordo clamor de agonizantes pechos
Sale de entre las ruinas, y velados
En la revuelta polvareda bultos
Humanos vénse aquí y allí caidos
Lanzando lastimeros alaridos.
Y aun el remate falta al cuadro horrendo:
De Yataquí los pantanosos prados,
Conmovidos sus lóbregos y ocultos
Senos, van esponjándose y subiendo;
Tembladoras colinas
En un instante son; al fin revientan
Con infernal fragor, y en negras masas
Rueda un fétido mar de espeso lodo
*Sobre las polvorosas tristes ruinas,*
Y lo arrastra, y lo envuelve y cubre *todo.*

---

Más ¿qué súbito lampo
De explendor vivo y puro,
Rasgando el cielo oscuro,
De la desolacion desciende al campo?
¡Oh prodigio! *una faja*
Luminosa despues queda tendida
Entre una blanca nube de do baja
Y el ancho mar de cieno;
Y la *onda suavemente dividida*
Donde toca la luz, de su hondo seno
Deja escapar dos seres misteriosos,
Níveos, áereos, purísimos: ¡María
Y el santo religioso!....Sí, son ellos:
Que á quien de la virtud sigue la via,
Al dolor oponiendo y la miseria
De aqueste mundo insano
El *corazon* incontrastable, guia
De Dios así la justiciera mano
Por luminosa senda al fin al cielo.
Sí, son ellos; ¡felices!....Más la seria
Sencilla tradicion del pueblo añade,
Que en tanto alzaban el pausado vuelo,

Quiso la extraña suerte
Que surgiese el avaro un breve instante;
En las crueles angustias de la muerte,
A ellos tendiendo la crispada diestra,
En voz ahogada y sorda los llamaba,
Mientras con la siniestra
Al torpe corazon agonizante
Un manojo de llaves ajustaba....
Los dos entre las nubes se ocultaron;
A Mazorra las ondas se tragaron....

---

¿Do está el avaro? ¿Qué se ha hecho
Su rico, envidiado alcázar?
¿Qué sus huertos abundosos?
¿Qué sus risueños campos de esmeralda?

¿Dónde los esclavos fueron
Y el ganado de las pampas?
¿Quién le robó los tesoros
De las queridas y secretas arcas?

¡Ay! en aquestos lugares
Ayer Yataquí se hallaba,
Y hoy es mar de negro lodo
Que asombro al corazon y miedo causa!

¡Qué pavoroso silencio!
¡Qué soledad!....Conturbada
¡Aquí bendice y adora
Del Dios excelso la justicia el alma!....

---

Pero allá del mar de cieno
Luchando contra la saña
Se vé un árbol cuya copa
Balancea solitaria;

Y un bulto en ella se advierte
Que aferrado entre las ramas
Ave marina semeja
Sobre el mástil de una barca.
Despues que entre los horrores
De una deshecha borrasca
Hundióse tripulacion,
Y pasajeros y carga.
Es aquel piadoso esclavo
Cuya caridad cristiana
De la furia de los perros
Al franciscano salvara;
El seguro confidente
De las virtudes de su ama,
El que incansable á los cielos
Por su libertad clamaba.
Del potrero cenagoso
Que vió temblar veces tantas,
La reventazon huyendo
Que presenció á la distancia,
Buscó la vida en la cima
De un nogal que descollaba
Gigantesco entre la selva,
No muy léjos de la casa.
Desde allí el postrer conflicto
Vió de Mazorra, y las varias
Escenas tiernas y tristes,
Desgarradoras del alma;
Y vió aquella misteriosa
Luz que del cielo bajaba,
Y volar á las alturas
Las dos venturosas almas;
Miéntras á su árbol asido
Ora contra el cieno daba,
Ora se erguia, luchando
Entre angustias y esperanzas;
De la muerte ora sintiendo
Sobre sí la mano helada,
O de vida una vislumbre
Divisando apenas vaga....
Al cabo la ira tremenda
Del justo cielo se calma,
La inundacion disminuye
Y el negro esclavo se salva. (6)

Su vida cual un milagro
Fué por el mundo admirada
Que en recompensa obró Dios
De sus virtudes cristianas;
Y nadie osó á las cadenas
Volverle, que desatadas
Fueron por la excelsa mano
De la Providencia santa.

# VII.

De Yataquí á las praderas
La primavera volvió
Más nunca la selva umbrosa,
Ni el jardin encantador,
Ni las máquinas, ni el ruido
De la fecunda labor,
Ni la afamada riqueza,
Ni la soberbia mansion;
Y aun parece que aire triste
Allí todo lo envuelve hoy,
Y que oprimen los recuerdos
El sensible corazon.
En vano el hombre industrioso
Con gran fatiga y sudor
Los tesoros ha buscado
Que allí el avaro escondió:
Bajo las espesas capas:
Del negro, inmenso aluvion,
Ya secas y endurecidas
Del Ecuador por el sol;
Los escombros revolviendo,
Del orgullo humillacion,
Tristes solo ¡ay! se encontraron
Testimonios de dolor:
Grillos al hueso ceñidos,
De algun esclavo ó peon
Que en lóbrego calabozo,
Talvez sin culpa, gimió;

Y una descarnada mano
Que conservar quiso Dios
A unas llaves aferrada
Que el orín no consumió. (7)

---

Tal es, querida, la historia
De Mazorra el español
Que mantiene fresca y viva
La popular tradicion.
En prosa sencilla siempre
La he oido contar yo,
Y á tí se debe que en verso
La cuente mi númen hoy.
¿Te agrada? dímelo: aguardo
De tu labio el galardon,
Que á tu premio solo aspira
*De la selva el trovador.*

# NOTAS.

---

(1) Del caudaloso y bramador *Palate*.

Este rio, bramador y caudaloso, en efecto, atraviesa la provincia Tunguragua de NO á SE, y unido al *Chambo*, que viene en direccion opuesta de la provincia Chimborazo, forma el *Pastaza*, uno de los mayores tributarios del *Amazonas*.

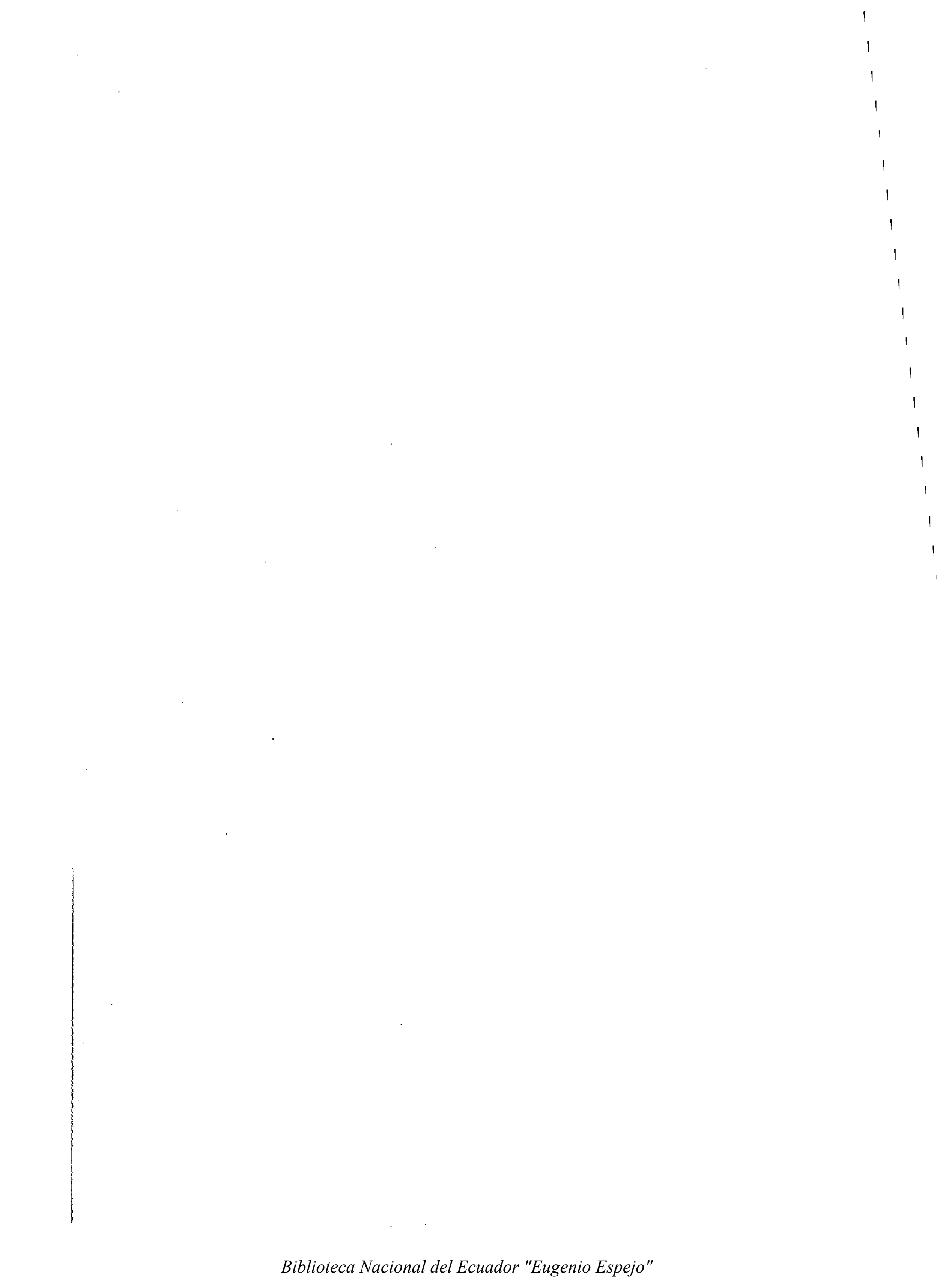
(2) Y se estremece y conturba
Del *Tunguragua* á los ecos,
Que de rato en rato suenan
De su furor mensajeros.

El terremoto que arrasó Riobamba y Ambato el 4 de febrero de 1797, fué precedido de ruidos subterraneos que se creian del volcan de *Tunguragua*, activo á la sazon, y al cual asimismo se atribuyó aquel espantoso movimiento de tierra. Muchas de las teorías acerca del orígen de estos fenómenos eran desconocidas entónces, y se achacaban todos á los volcanes. El monte *Tunguragua* tiene 4,927 metros de altura, y está á seis horas y al SE de Ambato.

(3) *Sumercé*. Palabra empleada aun hoy por los criados y gente del pueblo en su trato con los amos y personas notables.

(4) *Caspicara* (Piel de palo ó tiesa). Apodo conque aun hoy se conoce al célebre escultor quiteño, de raza indígena, cuyo nombre era Manuel Chil. Floreció en el siglo XVIII, y sus obras son muy apreciadas y buscadas por los inteligentes.

(5) *Amito*, *amita*, diminutivos de *amo* y *ama* muy usados por nuestros domésticos.



(6) La inundacion disminuye
Y el negro esclavo se salva.

La tradicion no es segura sobre si fué un negro ó un indio el que se salvó de la inundacion de lodo de la manera referida en el texto; pero el hecho es histórico, así como muchos de los sucesos que se refieren de Mazorra, cuyas riquezas y avaricia son proverbiales en el país.

(7) Grillos al hueso ceñidos
De algun esclavo ó peon
Que en lóbrego calabozo,
Talvez sin culpa, gimió,
Y una descarnada mano
Que conservar quiso Dios
A unas llaves aferrada
Que el orin no consumió.

No hace muchos años se hicieron unas escavaciones en Yataquí, y se hallaron, en efecto, ese hueso con un grillete y una mano con unas llaves; pero, ademas de otras prendas de insignificante valor, no se encontró tesoro ninguno. *Yataquí* está al SE de Ambato y á unas tres horas de camino.